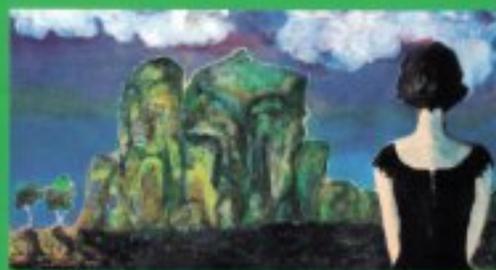


LA LUZ QUE VIENE

Ernesto Velázquez Briseño



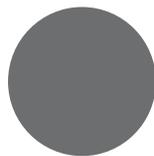
Universidad Autónoma de Nuevo León



LA LUZ QUE VIENE

LA LUZ QUE VIENE

Ernesto Velázquez Briseño



Universidad Autónoma de Nuevo León
Febrero de 2013



Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Rogelio Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Casa Universitaria del Libro
Padre Mier 909 Pte. Colonia Centro
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Reservados todos los derechos conforme a la ley.
Prohibida la reproducción total y parcial de este texto
sin previa autorización por escrito del editor

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Ernersto Velázquez Briseño

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico

Para Margarita

HORARIOS DEL MAR



1

Tendida sobre la arena
tienes la luz de cuanto recuerdo crece.
Te miro dejar al mar en perpetua sombra,
te miro cuando no crece
una sola palabra el viento,
sitiado en el reloj puntual de las aves
y las velas.

La arena que toco ahora
es la de una orilla invisible y perpetua.

2

Te acercas húmeda hacia mí
con la piel ajada de mar frío.

A veces es mejor envejecer la piel con agua:
antes de que el día termine,
con la sal y tu memoria,
tu piel será como el mar,
interminable.

3

Una mujer que mira el mar extiende el atardecer
con el viento como insignia en el cabello.

Una mujer como viaje, contando canciones
que despierta y aplaza luminosa.

Las manos presiden la perpetuidad de la arena;
guarda en la voz parte del invierno.

Una mujer que se adueña del desorden del cielo.

Una mirada como nombre del puerto.

Una ciudad y su sombrero de nube
y el rumor aterido

acumulado en las palabras.

Una mujer que mira el mar y lo carga en la bolsa,
en la piel, en la mañana.

RELACIÓN DE LA LLUVIA



para Luis Valverde

1

Frente a mí se edifica el otoño.
La luz se pierde ante el asombro del agua.
Grabo aquí una palabra como ropaje final del día;
tomo la fe que me corresponde.
Que otros culpen al cielo:
yo sólo acudo para atestiguar la lluvia.
Sólo he venido a esperar el mar.

2

Ciudad sumergida.

Ciudad bajo la lluvia.

Ciudad traicionada por la sed.

Ciudad de pie, entre el olvido.

3

El aire arrastra moribundo al mar
y este es el sitio suave
que esperaba su caída.
La lluvia es ahora un ademán de olvido;
el peso justo para cerrar el día.
El mar y el corazón,
dispersos.

4

Tibia traza de tu piel
frente a mí, cerca la noche.
Húmedo frío salvando mis palabras.
Recuerda el agua lo que la luz olvida:
Es posible inventar una historia sobre la mesa;
líneas que defiendan nuestra historia de viaje.
La certeza de la respiración,
los días cercanos.

No se puede abandonar lo que hemos sido.

En la calle, cerca de estas palabras,
la lluvia pasa su mano por tu frente.

5

El agua se ha detenido
y una palabra
persigue a otra
sin dar con nada,
con nadie.

OTROS TERRITORIOS



EL SOL A LAS SEIS EN GUADALAJARA

*para Eduardo de la Vega
y Rosario Vidal*

El sol a las seis en Guadalajara.
El viaje de la luz sobre los muros
 nombra el agua que ha faltado,
 las viejas casas que existieron aquí,
 los trenes que ya no escucho invadir de fuga la mirada
 de un día que se va mientras busco
 viejas palabras que vuelven
 entre la reja y el tiempo.

Me acerco a la ventana y veo a la mujer
 que me miraba con sueño y cansancio
 antes del alba
 hace ya una década
 en este mismo sitio.

Miro el nombre de sus ojos que nunca olvido.

La memoria sirve sólo para separar
 los objetos perdidos que llevan estos nombres.
 Para volar estas nubes
 y acariciar de nuevo
 una piel que la sombra ya adormece.

La tarde guarda también celosamente sus recuerdos
y un breve aliento de sol la escapa.

Sólo los árboles permanecen:
Son la última línea
de esta luz inabarcable.

IGUAL A LA LIBERTAD DEL VUELO

*Para Josemi, Paquito,
Annabelle y Eduardo*

En el límite del jardín aparecen
las plegarias del Callejón del Agua.
Esta ciudad tiene las manos transparentes
y nunca habla en voz baja.

Por los ojos de la tarde viaja
la luz doblando la esquina,
cuando en el patio de la casa
crece el incendio de las flores.
De pronto el giro inesperado
de los vencejos a mitad del cielo,
en un azul intenso que ha perdido
el amparo de las nubes.

Al cuidado de la sombra de la calle,
justo a tres cuerdas de las Santas Animas,
los nombres vuelven con pasos inciertos,
mientras una mujer enciende también el cielo
y su sonrisa es el vino que ahora bebo.

Algo se forma en el corazón
igual a la libertad del vuelo de las aves
o al follaje alado de los fresnos.
Algo, como el agua de otro río,
con otra claridad, como otro sueño.

Esto sucede en Sevilla:
esta luz, el lento
fluir del río, de nuevo
una línea iluminada de viento
y un poco de papel
preparado para recibir abrazos,
listo para dedicarse el día de hoy a cantar la vida.

CHIAPAS

1

Abajito de los pies de dios
viven los chamulas.
No hablan. Dicen:
son los ojos los que hablan.
Aquí la tarde inventa brazos de ceiba
para sostener el cielo;
ojos de mujer encima de estas palabras.

El viento desordena la cabellera del humo
y marca con frío a la luz recién vencida.

Los chamulas esperan el anochecer.
Miran la soledad, el silencio, los caminos.

2

¿De dónde puede caer tanta agua?
Pareciera querer meterse a fuerza
en el cuerpo; que no le basta descubrirnos la cara.
Dicen que los cerros son generosos
y que llegaron mucho antes que nosotros.
Que la lluvia y las primeras palabras vienen de allá.
Ahora estamos en el tallo del agua mirándonos el rostro.
Ahora estamos casi tocando sus nubes.
Esta vez hay que llorar por el agua, como ellos.

3

Hubo quienes tuvieron aquí un resplandeciente escudo;
que no caminaron a la orilla de la carretera
viendo pasar a esas gentes
con la mirada alanceada,
como nosotros ahora.
Habitaron grandes casas de piedra, pero no por aquí.
Eran los que tenían las manos de nube
y que hicieron que la tierra creciera.
“Yo tuve ese recuerdo
pero no me acuerdo ahora”, me dicen.
Ya me contarán luego, cuando la lluvia termine.

4

Estamos hoy muy bien de salud.
Amanecemos con los mantos de extraños colores
y las ganas de comer tortillas.
Será que estoy invadido de cielo. Será que ahora sí
estoy listo para mirar.
Sé que no hay que agarrar a los conejos este mes
porque podemos quedarnos sin algodón.
Sé que debo tocar una rama de la ceiba
para que me acompañe siempre.
Sé que he rogado diciéndole al agua que me espere.
Sé que me espera el agua. Lo sé.

DESDE LA ORILLA

El camuflaje del cangrejo
sobre la superficie de las algas.
Los leones marinos buscando los brazos del navío.
El lirio envuelto de fugitivo sueño por la tierra.
El recuerdo que ha vuelto al tiempo perdurable;
otro reloj, si acaso, distinto al amanecer
que llega. La tierra de la que ahora se alejan las aves.
Las señales de otro tiempo ya lejano.
La cruel belleza del árbol derribado en la arena
que no siente aún la vida que lo deja.
El agua interminable y la constante prisa del sol.
Otras naves incendiadas cuyos restos
nadie ha encontrado. La batalla orgullosa de la espuma.
La irremediable sed, por cierto. La carne destrozada
por las redes. El miedo cuando pierdo el aire, a pesar
del viento. Una línea perfumada
y la memoria de tu cuerpo.
Eso es todo lo que he visto desde la orilla,
además de la evidencia de cómo se me va la vida.

VIEJAS INSCRIPCIONES



COMO LA LUZ DE ESTA MAÑANA

C
on los rastros del agua
y el viento abriendo lentamente las puertas,
cuidadosamente aparecida entre las hojas,
la mañana esperaba de nuevo tu visita.
Es cierto que el tiempo no resuelve nada,
que es otra historia implacable
de verdades y fatigadas exploraciones,
pero algunos días que estaban desaparecidos
anunciaron tu llegada:
precisas letras que regresan fielmente
y que ahora construyen estas líneas
para traerte conmigo
al lugar en el que te miro otra vez
como una tela casi transparente
ajena al día que abre sus estatuas.

No te apartes, te pido ahora.
Quédate como en ese viaje antiguo
en el que se iluminaba el río
y mojada de verano
la ciudad se invadía de pájaros
y espejos.
Quédate, interminable,
como la historia extensa
de la luz esta mañana.

QUE LA VIDA PASE POR AQUÍ

El nombre que vi llegar conmigo
anunciaba la llegada de un signo nuevo
que tiene el rostro hermoso y secreto
de un cielo cuya luz
apenas se acaba.
Es posible vivir
como si nada perdiera el alma
en el sueño ligero de las hojas,
recorriendo la superficie
sin miedo, sin prisa.
Es posible escribir cartas de aviso para
dejar que la vida pase por aquí,
por el sitio donde la memoria nos detiene.
Es posible llenarlas de nombres húmedos,
de mantos de viento,
de ramas agitadas,
de espacios claros de silencios,
para que de otra forma
no duela el tiempo como la astilla
clavada de un cristal imperceptible;
para que entonces sea una invención del mundo,
una extraordinaria mirada,
una línea llena de palabras largas y frondosas
ver, a mitad de la noche,
cómo nos explota el corazón.

ENTRE LAS MIRADAS POSIBLES

1

La oscuridad es luz suficiente
Carlos Monsiváis

Nada ha quedado a salvo esta noche.
“La memoria, esa forma
del olvido”, decía un viejo vidente,
es el anuncio de estas horas,
pero lo es también, entre las miradas posibles,
un obstinado andar por entre las cosas
y los muebles del cuarto.

Es fácil mirarte de nuevo
en las esquinas de una noche
que no acaba todavía,
apegado a tu cuerpo,
humedecida tu piel con mi boca,
cuando eras más hermosa
en la oscuridad del cuarto y era otra tu voz,
y yo pensaba en los nombres
que nunca te pude decir.

La oscuridad en la que se apagaba
de otra forma el tiempo.

La oscuridad que, a pesar de todo,
dejaba en nosotros otra luz, otro incendio
suficiente para quemarnos la piel
y dejar cada palabra traspasada.

Siempre pensamos que el deseo
es una tierra heredada por los sueños.
Decimos, como si fuera cierto,
que es posible reconstruir el humo
y hacer explicaciones puntuales del pasado.
Que no hay peligro en usar estas palabras;
que no ha cambiado ninguna línea, ninguna calle.
Que no hay riesgo al mirar, deshabitado,
la forma exacta que tienes
para regresar aquí y sujetarme.

2

LA LUZ QUE VIENE

Para escribirte este poema tuve que cuidar todos los nombres que volvían con su espejos, con los últimos avisos de su presencia en mi memoria.

Tuve que mirar también los viejos lugares que guardaban lo que yo quería decir: tocar los altos muros de piedra, la escalera enorme que me [llevó hasta el paisaje recobrado de la ciudad en la que casi todo se ha perdido.

Tuve que tocar cada una de estas líneas con el cuidado de que dijeran lo preciso; que desplegaran la luz que tu recuerdo deja sobre el papel y sobre la tarde.

Tuve que recordar en el frío tu suave perfume. Levantar los sueños antes de la hora acostumbrada. No quejarme de cómo se detuvo la estación de invierno, ni alterar la forma en que el viento invade las terrazas.

Tuve que ver la calle inundada por el agua.

Tuve que mirar el cuidadoso inventario de la sed de los pájaros.

Tuve que salir en defensa de las razones que me hicieron volver; mirar este paisaje, dejar todos los libros, cambiar las puntuaciones, agregar otras letras y verte tomar de nuevo todas mis palabras.

INSTRUCCIONES

Sé que no debo cerrar las puertas
por si tratan de salir los gatos,
por si quieren volver a casa,
por si tratan de entrar de nuevo,
sin avisarnos, otras palabras.
Puedes ver como he seguido
tus instrucciones:
ya hay, por ejemplo, un cuento en la sala
que antes no estaba
y que vino justo en la tarde en mi rescate.
Puedes ver cómo he llenado tu alhajero de peticiones
cuidadosamente razonadas,
que incluyen mapas de otras ciudades
y las fotos de varias ventanas
para que sigas asombrada
por tu ropa y por el alma.
También he puesto una cinta con huellas de mar
para que anudes tu cabello
y una cuantas velas usadas
con los restos de la luz de ayer,
cuando dedicaba mis manos
a inventar la escritura de tu espalda.
En fin, he hecho lo que merece
esta inevitable enfermedad;

he hecho lo que he podido.
Incluso he escrito este poema
para poderte mirar,
para que no te vayas,
por si trata de salir el viento,
por si quieres regresar a casa.

COMO UNA RAMA DELGADA DE LUZ

Algo que no es el amanecer
rompe otra vez tu sueño.
Te miro caminar en el alba
como si pisaras una extensa tela suave,
como una rama delgada de luz
que se acerca hacia mí
y me respira.

Te miro entre las letras claras de tu pelo
a punto de convertirnos los dos
en las láminas de vidrio
que guardas bajo llave,
o en el recuerdo agotado de mi piel
sobre tu espalda.

Yo también despierto con un antiguo miedo
luego de un día de nombres incendiados.
Es cierta cada palabra que dijimos,
como la verdad de tu andar bajo la arcada
en otra hoja habitada del cuaderno
o el camino de aire del pueblo,
cuando el sol era tan alto
y ensayabas la red del mar
sobre mi sueño.

Un nombre anterior, un viaje pactado
tiene ahora tu mano cuando tocas mi cabello.
Hay otros silencios que también recuerdo
llegar con inevitable dureza.

Poco a poco los muebles del cuarto regresan
al sitio que ocupaban ayer. Apenas entre la luz
los dos seremos una invisible historia,
un sol que quema la memoria;
una línea inevitable del olvido.

VIEJA CANCIÓN

Cierra tus ojos y escucha:
viaja tu nombre por mi boca
mientras las nubes mueven lentamente el cielo.

Tu nombre que vuelve tocado por el aire.
Tu nombre incendio de luz que en mí se atreve
a levantar el vuelo del árbol con el viento
y a que tu pelo guarde
el aroma de la tarde cuando llueve.

Me he bebido la noche y mis desastres:
he tenido también tu piel aquí conmigo,
pero tu ausencia es un silencio repetido;
una herida que he tenido bien guardada.

Es cierto que el olvido llega a doler
como el aviso de una enfermedad grave,
como la decisión definitiva de un exilio,
como una rama destrozada por los cables.
Pero una sonrisa adversaria vuelve ahora
inundada de otro mirar profundo
y pasa como vieja canción,
cuando viaja de nuevo tu nombre por mi boca,
mientras las nubes mueven lentamente el cielo.

ALGUNOS CAMINOS DE REGRESO

*El tiempo nada puede.
Todas éstas son cosas inmortales.*
Eduardo Carranza



DON ERNESTO

para Alejandro

1

De tu permanencia sin mar
yo he sido culpable.

Has estado tanto tiempo en casa,
agotado de la muerte, cansado de recuerdos
inútiles que no puedes cambiar ya,
cubierto de fotos antiguas que, como emblemas
del tiempo perdido, me permitieron mirarte aún,
a pesar del metal rígido en que guardo
tus cenizas y tu nombre.

Me acostumbraré a todo cuando me vaya de aquí” –decías,
y poco importa ahora que te lllore
una mujer con flores rojas en los ojos y el sueño perdido.
Recuerdo tu última mañana, el breve aliento,
tu cuerpo ya sin peso, tu rostro malherido.
El pulso tenue que no pudo volver.

2

Te cumpla llevarte al mar, ahora que precisamente
la humedad ha atrapado todos tus libros.
Acuérdate de la luz, de la sal, del frío.
Acuérdate ahora de los insomnios, del desierto;
de la frontera donde te atrapó el amor,
de la mujer de ojos verdes que nunca volviste a ver.
Acuérdate ahora de la fortuna perdida; de la rebelión

que esperabas, de las calles en las que otras canciones
viajaban tu corazón como un océano. “Una milagrería” –
decías, para no contarse entre los muertos.
Te dejo el mar de nuevo. El agua como camino de regreso.
El mar que viene a cuidarte a partir de ahora, don Ernesto.
El mar.

DOÑA OFELIA

Para Fela y Salvador

El silencioso día termina
en esta sala, con gente que también
finge que no está cerca la muerte;
que no es necesario hablar de las cosas que no vuelven,
que sólo hay que quejarse de cumplir
los horarios precisos de visita:
tres veces al día, una hora cada vez,
para hablar contigo y mirarte.

De pie, a tu lado, escucho tu respiración difícil,
las evidencias de la enfermedad
que no entendimos cómo pudo llegar así
y destruirte.

¿Qué ha sido de ti en todos estos días?
En algún lugar deben estar cuidadosamente
dispuestas todas las historias
que volviste una memoria
que ya guardo como mía:
tu sonrisa espléndida en una foto en avenida Juárez,
tu viaje muy joven a San Francisco,
el hermano a quien tanto querías,
las calles de París y el invencible frío,

los viajes a ciudades que miraste
con asombro de niña,
el dios extraño en el que creías,
la forma en que te hirieron tanto las palabras
de un exilio que nunca acabó.

El mundo no pudo explicar tantos años perdidos
que deshicieron a tu familia;
que te dieron otro destino.

Tu padre vino a este lugar con el pueblo
y la persecución a cuestas,
sin casa alguna, sin razones suficientes
para quedarse, sin nombres que le ayudaran
a encontrar un camino de regreso,
llena la memoria de revolución, de fusilamientos,
de hombres colgados en los postes,
de pan envenenado, de casa destruidas.
Lo salvó una ciudad que no persiguió a nadie
porque supo que todo terminó perdido.

Tu madre, mientras tanto, guardó todas las postales
del pueblo. Cuánto quisimos oír de nuevo
la historia de la gran inundación,
los nombres de los tíos y de los primos,
las historias de los fantasmas del río,
los colores de las frutas y las plantas,
los paseos de domingo hasta el arroyo,
los remedios para piquetes de alacrán,
los cuentos de monedas escondidas en las macetas.
Horas recordadas entre dulces de azúcar
y guayabas y membrillo.

Hablaba y olíamos la tierra mojada al amanecer
y probábamos el agua del pozo.

Una noche vimos también la luz del cometa
que miró de niña y que, muchos años después,
regresó a despedirse de ella, que casi no lo podía creer.
Cuánto quisimos saber del mineral donde había crecido
entre árboles gigantes y el espejo hermoso de la laguna.

Tu madre hizo que nos creciera el corazón;
hizo que el pasado sea siempre su sonrisa
a pesar de todos los trabajos que supimos perdidos.

Pero ya no tiene remedio la vida, es cierto.
Ahora, por ejemplo, no me dejan acercarme a ti.
Tengo que respirar cubierto
de una tela de deshecho
y ni siquiera sabes que estoy a tu lado.

Pronto se nos olvidará el mundo
y pondremos otros recuerdos sobre los tuyos.
El dolor se vuelve una marca que guardamos
celosamente, procurando que nadie lo mire.
Lo entiendo mientras dibujo esta página
sobre un papel gastado
para estar a solas con todas tus palabras,
con otros paisajes que miro contigo,
desde un viejo vagón de tren camino a Guadalajara,
a la sombra de los laureles de Abasolo;
en días de Navidad con olor a cocina y a ropa nueva,
o tocado por tu sonrisa en Ixtapan de la Sal,
con las mañanas inundadas de olor a lima.

Todos esos días que vendrán de nuevo
como tu nombre de sol en mi recuerdo,
con enorme soledad, otra vez, para encontrarme.

EL PATIO

Para la tía Rebeca

Recorro los pasillos de la casa: las imágenes se esparcen en cada palabra. Hay uno largo y oscuro en el que viven los gatos, con paredes ocreas llenas de fotos de gente a las que apenas le sobrevive algún recuerdo. Camino por el patio enorme lleno de plantas. Siento la tierra dura bajo mis pies y toco con asombro las raíces de los árboles.

Los alacranes se esconden bajo las piedras o les gusta dormir entre las vigas del cuarto. Las hojas gigantes se extienden como mapas y yo miro sombras enormes a cada paso y un cuarto al fondo del patio donde tengo prohibido entrar.

“Por las noches andan las ánimas por el pueblo”-dicen, así que tienes que dormirte temprano antes de que lleguen. Yo creo que por eso hay puertas tapiadas en las paredes del patio y un retrato del Señor Grande colgado en el zaguán arriba de los equipales.

Pero es la mañana.
Las horas saben también a jícama y naranjas.

Huelo ahora a limas, a luz. Huelo el olor a pan recién horneado por mi tía.

Hasta aquí toco su nombre y el de esos días que me salvaron el alma.

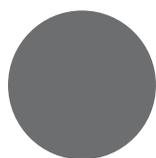
Escucho todavía al viento del amanecer en la memoria y froto lentamente estos recuerdos: es diciembre y recogemos cenizas de caña quemada sobre el piso.

Por el camino de la vieja estación de tren escucho sonar la calle. Suena el silbato del Ingenio.

Suena el tiempo.

Vuelve.

CORRESPONDENCIA VARIA



OTRA VEZ EL CIELO

Para José Franco

José Escobar y Salmerón de Castro, catedrático de cirugía,
astrónomo iluminado por la gracia de dios,
agobiado por la pena y el mundo,
lo miró invadir todas las regiones
de esta tierra. Lo vio llegar con luz de polvo,
con aire iluminado,
mientras buscaba entender, entre sus sueños,
la inexplicable compostura de la tierra.
Era el año del señor mil seiscientos
y ochenta, un año invadido de malos presagios:
llegó el temor de enfermedades desconocidas;
llegaron los rumores de la guerra de los indios
que, tarde o temprano, acabó por incendiarlo todo.

Quizá fue por eso que José Escobar creyó que el cometa
impuesto por el poderío divino frente a sus ojos
se había formado por las exhalaciones de los cuerpos muertos
y el sudor humano.
Eran los humores de los cuerpos sublunares,
dijo con los argumentos
que a su entender eran ciertos;
así lo defendió convencido de que esa inmanencia
misteriosa era posible.
Luego, la luz que trozó el cielo largos días,

poco a poco se volvió un empeño
sin resplandor, ya fatigado, que finalmente dejó de mirarse.

El prodigio de esa llama de piedra y agua congelada
regresaría años después,
sin que Escobar viviera para verlo.

Ahora nadie recuerda su nombre,
a pesar de los años que dedicó a explicar las estaciones,
dispuesto a entender las extrañas decisiones de dios
sobre los elementos de la tierra y el cielo.
Ahora su nombre está perdido entre las crónicas
de este vasto territorio que ha temido muchas veces
mirar el fin de los hombres.

Es cierto que ha habido frío
y que después el mundo ha sido lastimado por otras historias.
Es cierto también que han venido
nuevas fatigas y tribulaciones,
pero no ha sido quizá, por esa perpetua luz de polvo
que regresa, de vez en vez,
con su larga cabellera.
En todo caso es una perturbación distinta la que vuelve,
parecida a los nombres amorosos
que nos atrapan entre giros
interminables de tiempo y de fuego,
alargando su viaje curvo y sinuoso,
con olor a silencio y lejanía.

Nombres encendidos como los cometas,
iluminando la imaginación,
iluminando otra vez el cielo.

LIQUIDÁMBAR

Para Raúl Piñeira

La mañana me habría descubierto
sin esfuerzo, a través del doble cristal
de la luz y la ventana.

Pero obedece a otra desnudez el frío
y el liquidámbar sobrelleva
apenas el peso de su espalda.

Sé que el tiempo se acerca.
Escucho su caminar lento;
lo veo crecer y desatarse entre las ramas.

Apenas levante la vista
puede suceder ahora
que recuerde casas lejanas,
cuartos envueltos de este mismo viento
que regresan como sombras
de días perdidos.

Puede suceder ahora
que una palabra, en mi mirada,
no deje de volar.

ELOGIO DE LA SAL

para Alejandro y Hernán

La sal es un diminuto diamante
de cantina
que ilumina la mesa,
decanta al limón
y le otorga alusiones de mar
al tequila.

Es bien sabido que quien no acompaña
con sal un tequila blanco notable
(por bien hecho,
por tantos siglos de paisaje,
de agudo agave y tierra mineral)
se vuelve irremediabilmente
estatua de sal.

Hay otra sal, desde luego,
ligada al sol, al agua
y a la salada soledad de quien mira
tanto el mar:
Esa es la sal de los espejos.

La recomendación de viejos
y memorables sabios, dictada sobre la cubierta
de las naves por grandes navegantes fenicios,
es siempre soñar el agua

y sentir la sal del viento sobre el rostro
y la memoria.

Ese es el sabor de sal de inevitables momentos,
como cuando la leve sonrisa recuerda
un amor antiguo
o como cuando imaginamos el viaje
de un sueño sumergido.

Por eso, de vez en vez, hay que tomar cuidadosamente
un poco de sal entre los dedos
de la mano y arrojarla siempre
hacia atrás del hombro
para abatir cualquier riesgo,
cualquier mal recuerdo,
cualquier tarde de mal augurio,
cualquier palabra que, sin el empeño
necesario, destruya una faena lúcida
del amor y de la vida.

FEDERICO EN SAN VICENTE

La tarde, malherida, ha subido hasta la puerta
de la terraza de tu casa
en San Vicente.

Acabaron con tu río y con los árboles que viste.
Se han perdido el jardín, los viejos troncos,
y en los límites de la huerta
la enfermedad de los edificios mata
tu viejo paisaje de la Sierra Nevada.

Ni olivos ni lunas ni abejas.

Hay apenas unos cuantos muebles en la estancia;
restos de una antigua vajilla
y algunos papeles tuyos olvidados.
“Dos voces suenan: el reloj y el viento”.

Estoy de pie en la estancia pequeña
donde cuelga una foto tuya guardada tanto tiempo:
apareces ahí sentado en un diván
con el cuadro de una botella de ron de Dalí
a tus espaldas, una flor puesta en la solapa
y otra larga y profunda en la mirada.

La mirada que miraron los que no te querían ver
esa madrugada de muerte, de tinta perdida,
de mano cobarde, de sangre agolpada.

Pero nadie parece recordarlo ahora en San Vicente.
“Turbio de rojos peces de verano” es el olvido
aquí en Granada.

Sólo esa foto de luz guarda
un poco de tu corazón de viento.
Sólo sobrevive ahora tu nombre fresco.
Tu nombre de luna, de nardo y de manzana, Federico.

CARTA DESDE TEPOZTLÁN

Para Karin

Acaba de llover sobre Tepoztlán.
El viento es un hermoso verbo en tiempo presente
y a mitad de la noche, como un antiguo sueño repetido,
el grillo le canta a una eternidad
que durará apenas unas horas.
Hay en la casa una luciérnaga que ya perdió la sed
y otras que vuelan entre las ramas del árbol húmedo,
mientras el verano avanza con alivio.
Recuerdo ahora que tú dices
que los poemas son de colores
y que el agua inventa la piel cuando la toca.
Aquí, como en tu poemas,
la felicidad tiene color amarillo
pero pasan otras cosas invencibles:
por ejemplo la hormiga que corre junto a mi pie
buscando un sol que perdió hace varias horas,
o el olor suave de las palabras
que vagan sobre la superficie de esta hoja.
¿Escuchaste?
Las nubes han decidido cambiar de sitio
justo a la mitad de la carta que te escribo:
Viajan nerviosas entre tanta agua perdida.
Hay cosas que nunca veré contigo,
pero cuando miro hacia arriba

imagino las estrellas que tú ves
como las que de nuevo han llegado
para guiar la navegación de nuestra casa justo ahora.
Un día vas a leer la historia del hombre
que no podía dormir atormentado por el ruido
de las estrellas. Un día, en este jardín,
te voy a contar el trabajo que hacen
los ángeles es sus horas de oficina.
Un día nos vamos a sentar a ver como el hielo
se muere de frío.
Un día leerás esta carta,
y escucharás las nubes
como si estuvieras aquí conmigo.

UNA TRAMPA DE LUZ CRECE EN LOS OJOS

Encender una luz bajo la armadura
de la carne, envejecer de frío;
nombrar la delgada quietud del amanecer.
Dejar la noche y el desfiguro puntual
de sus recuerdos.
Subir a mis labios con las pruebas del tiempo:
entre las calles heladas y una mujer con luces;
entre los males de la sal y la mirada del día
cuidando su memoria,
trazando cautelosamente la grieta
de una ciudad de invierno.
Encender una luz,
dibujar el alba,
un nombre que abandone
la oscuridad que sobreviva.
Volver.

ÍNDICE

HORARIOS DEL MAR

1	11
2	12
3	13

RELACIÓN DE LA LLUVIA

1	17
2	18
3	19
4	20
5	21

OTROS TERRITORIOS

El sol a las seis en Guadalajara	25
Igual a la libertad de vuelo	27
Chiapas	29
Desde la orilla	32

VIEJAS INSCRIPCIONES

Como la luz de esta mañana.....	35
Que la vida pase por aquí.....	36
Entre las miradas posibles	37
La luz que viene	39
Instrucciones.....	40
Como una rama delgaza de luz	42

ALGUNOS CAMINOS DE REGRESO

Don Ernesto.....	47
Doña Ofelia.....	48
El patio.....	39

CORRESPONDENCIA VARIA

Otra vez el cielo	57
Liquidámbar	59
Elogio de la sal.....	60
Federico en San Vicente.....	62
Cartas desde Tepozotlán.....	64
Una trampa de luz crece en los ojos.....	66

La luz que viene, de Ernesto Velázquez Briseño, se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2013. En su composición se utilizó la fuente NewBaskerville en 36, 18, 14, 12, 10, 11 y 9 puntos. El cuidado de la edición por el autor. Diseño gráfico de portada y formación electrónica en interiores de esta obra estuvo a cargo de Francisco Javier Galván Castillo.

Tiraje: 1 000 ejemplares





